







LA BIBLIA

Tres imparciales testimonios acerca de su valor

«La Biblia ha sido la Magna Carta (documento de libertades) de los pobres y de los oprimidos.»—TEODORO ROOSEVELT, ex presidente de los Estados Unidos.

«El Evangelio es hasta hoy el mejor auxiliar del instinto social.»—HIPOLITO TAINÉ, célebre filósofo francés.

«Sembrad las aldeas de Evangelios. Una Biblia en cada cabaña. Que cada libro y que cada campo produzcan ambos un trabajador moral.»—VICTOR HUGO, en «Claudio Guex.»

EXCELENTE EDICION EN 4.º, CON MAPAS. Tres pesetas ejemplar (3,65 por correo certificado).

PUNTOS DE VENTA. Puerta del Sol, 6.—San Bernardo, 20 y principales librerías.

Pídase catálogo ilustrado gratuito: Sociedad Bíblica: Flor Alta, 2 y 4, Madrid.

EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN. Madrid, un mes, 1 peseta. Provincias, trimestre, 5. Extranjero, 10.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN FUENTES, 4. Teléfono 4.463. Apartado 637.

ANUNCIOS. Cuarta plana, 0,30 línea. Tercera, noticias, 2 pts. Reclamos, 1,50. Segunda plana, precios convencionales.

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS

Carbonería cooperativa de los cacheros de Madrid

Travesía de San Mateo, núm. 6.

Se garantiza la buena calidad de los productos: Se sirve a domicilio.

COOPERATIVA SOCIALISTA DE EIBAR

ELABORACIÓN SUPERIOR DE CHOCOLATES. ANALIZADOS POR EL LABORATORIO MUNICIPAL. SE RECOMIENDA A LAS COOPERATIVAS OBRERAS

Los sábados se pone a la venta en toda España la nueva revista semanal ilustrada

«Acción Socialista», cuyo precio es de 15 céntimos. Publica una artística cubierta, 16 páginas de texto y profusión de grabados.

Cooperativa Socialista de Chamartín de la Rosa

Garibaldi, 8 (Casa del Pueblo).

Comprando en esta Cooperativa encontraréis exactitud en el peso, excelente calidad en los artículos y gran economía en los precios.

Tarjetas postales

Colección de retratos de socialistas conocidos.

Pablo Iglesias, Augusto Bebel, Jaime Vera, Julio Guesde, A. García Quejido, Enrique Ferri, José Mesa Leompant, Emilio Vandervelde, Matías G. Latorre, Victor Adler, Francisco Diego, Juan Jaurés.

La serie completa de 11 retratos, 25 céntimos. Sueltos, 1 cinco céntimos.

Pedidos a la administración de EL SOCIALISTA

R. FERNANDEZ ROJO

GRABADOR EN METALES. FABRICA DE SELLOS DE CAUCHO

Manufactura de precintos marchamos de plomo, acero y cartón y aparatos para su colocación en cajas, paquetes, cacharros para leche, etc.

Rótulos de hierro esmaltado. Tintas para sellar y rotular

Calle de las Fuentes, 7. MADRID

APARTADO DE CORREOS 498

CAJEROS

ESTAMPACIÓN EN ORO O IMITACIÓN SOBRE PAPELES, TELAS Y PEGAMOIDES. 8 y 10, ESCALINATA, 8 y 10 CEBALLOS

Socialistas!

El compañero Nicolás Rodríguez garantiza la calidad y el peso de sus carbones. Servicio a domicilio. Cava Baja, 31.

LEED

Acción Socialista. Aparece los sábados. Precio: 15 céntimos.

M. ROCA

FOTÓGRAFO

Gran premio Exposición Internacional de Viena, 1912.—Tetuán, 20.—Madrid.

Ampliaciones y postales de Marx, Bebel, Engels, Liebknecht, Jaurés, Iglesias, Quejido, Matías Gómez, Mora, Diego, Caballero, García Cortés, Barrio, Fabra Ribas, Facundo Perezagua, Acevedo, Vera, Carretero, Montenegro, Vigil, Cabello, Justo, Gneco, Varela, Gascó, Sanchis, Cases, Merodio, Juan A. Meliá, E. Torralva Beci, Daniel Anguiano, Alvarez Angulo, A. Diaz, etc., etc.

Grandes descuentos a Centros y Sociedades

Trabajadores Socialistas

Pedid en quioscos, estancos y demás puntos de venta EL NUEVO PAPEL DE FUMAR

1.º DE MAYO

Fabricado por la Cooperativa Obrera de Baheras (Alicante). Caja de 100 libritos, engomados (forma estuche), 3 pesetas. Cajas de 144 ídem (gruesa), fuerte, engomado ó sin engomar, 4. Descuentos a las agrupaciones y sociedades obreras. Condiciones especiales, según la importancia de los pedidos. Representante: A. REYES MORENO, Carretas, 47 y Abada, 5. Madrid.

LOECHES

AGUA MINERAL NATURAL

PURGANTE

Indiscutible superioridad sobre todos los purgantes por ser absolutamente natural. Curación de las enfermedades del aparato digestivo, del hígado y de la piel, con especialidad congestión cerebral, bilis, herpes, escrófulas, várices, erisipelas, etc. BOTELLAS EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS Y EN EL DEPÓSITO CENTRAL, REINA, 15, MADRID

COOPERATIVA SOCIALISTA

Exactitud en el peso.—Calidad excelente.—Baratura en los precios. Todo ello lo encontraréis comprando en los establecimientos de la

Cooperativa Socialista Madrileña

TIENDAS DE ULTRAMARINOS

Arganzuela, 1 (teléfono 5.099). = Cava Baja, 33. = Valencia, 5 (teléfono 4.795). Martínez Campos, 1. = Libertad, 26 (teléfono 4.368). = Pilar, 41 (Guindalera).

Gran café en la Casa del Pueblo, Piamonte, 2.

PLATOS DEL DIA..... { A las doce.—Cocido con sopa..... 0,50 pesetas. { A las seis.—Ragout á la francesa ..... 0,50

La Mutualidad Obrera

Cooperativa médico-farmacéutica y de enterramiento de trabajadores asociados.

Oficinas: Piamonte, 2 (Casa del Pueblo), Secretaría 38 (teléfono 4.714).

Table with 3 columns: PERSONAL TÉCNICO, CONSULTORIOS, FARMACIAS. Lists services and locations.

Cuota familiar, 2,25 pesetas.—Individual, 1,15 pesetas.

ENTERRAMOS..... { Adultos: Coche con cuatro caballos empenachados. Niños: Coche-estufa con dos caballos ídem. Servicios de vacunación, inyecciones antídiferias, hipodérmicas y subcutáneas, etc., etc.—Clínica operatoria en el Consultorio Norte.—Específicos elaborados para los enfermos de La Mutualidad Obrera que lo necesiten por prescripción facultativa.

En todas las farmacias rigen las tarifas económicas.

Folleton de EL SOCIALISTA

(6)

LA RISA ROJA

FRAGMENTOS DE UN MANUSCRITO

POR

LEONIDAS ANDREIEF

Estalló una carcajada general y un rugido siniestro. Después, nuevamente callaron todos, cediendo a lo incomprendible.

Silenciosos nos recogimos en torno del «samovar» apagado, mientras una nube enorme y sin forma se había elevado hasta el cielo y nos miraba fijamente.

De pronto, cerca de nosotros—acaso ante el jefe del regimiento—, resonó una charanga, cuyas alegres notas rompieron el silencio de la noche.

Aquella charanga resonaba con loca alegría, inarmónica y demasiado ruidosa. Comprendíase que tanto los que tocaban como los que escuchaban veían, igual que nosotros, aquella sombra in-

mensa, sin forma, que flotaba en el cielo, por encima del mundo.

El que tocaba la trompa tenía ya en su oído y en su cerebro aquella sombra inmensa y taciturna. Los sonidos secos, rotos, se agitaban, saltaban, huían, llenos de terror. Y otros sonidos parecían tomar la misma dirección: corrían amontonados, demasiado alegres, demasiado ruidosos, demasiado confusos, hacia el negro horizonte, donde quizás morían aún hombres olvidados, perdidos entre las rocas.

Largo rato permanecimos en pie y silenciosos, alrededor del «samovar» extinguido.

V

... Me había ya dormido, cuando el médico, con unos golpecitos prudentes, me despertó. Levantándose, gritó como gritábamos todos cuando nos despertaban, y me precipité hacia la salida de la tienda. Pero el médico me retenía fuertemente por la mano, pidiéndome excusas.

—¿Se ha asustado usted? ¡Perdóneme!... Sé que tiene usted sueño...

—Cinco días y cinco noches que no dormimos!—balbucí, volviendo a dormirme. Parecíame llevar mucho rato dormido cuando el médico volvió a ha-

blar, dándome golpecitos en los costados y en los pies.

—¡Pero es preciso, querido, es preciso!... No todos los heridos han sido traídos aquí...

—¿Qué heridos? ¡Si no ha hecho usted en todo el día otra cosa que traer heridos! ¡Déjeme estar!... No está bien lo que hace usted... ¡Cinco días y cinco noches que no duermo!

—¡No se encolerice usted!—balbució el médico, poniéndome el kepis en la cabeza—. Todos duermen y no consigo despertar a ninguno. He logrado una locomotora y siete vagones; pero necesito hombres... Sí, sí, comprendo, querido, el suplicio que sufre usted... Pero todos duermen, todos se niegan... Yo mismo tengo miedo de dormirme... Empiezo ya a tener alucinaciones... Saque usted los pies: uno solo, uno solo...; así, así.

El médico estaba pálido y vacilaba. No cabía duda que si se hubiera acostado por un instante se habría dormido para varios días. Junto a mí, doblábanse otras rodillas...

De pronto, ante nosotros aparecieron unas siluetas negras: la locomotora y los vagones. Lentamente, silenciosamente, erraron en torno de ellos unos hombres que apenas se distinguían entre sí, en medio de la oscuridad. Ni

en la locomotora ni en los vagones había un solo farol; sólo del cerrado hogar caía sobre la vía un resplandor rojizo, pero débil.

—¿Qué es eso?—dije, retrocediendo.

—¿No se acuerda usted de que salimos?—murmuró el médico.

La noche era fría, y el médico tiritaba.

—¡Vaya usted al diablo! ¡No podía elegir a otro?—dije yo.

—¡Hable usted bajito, por Dios!

Para subir, apoyé el pecho sobre el estribo del vagón; el sueño se apoderó de mí de improviso. Alguien me empujó desde atrás y me arrojó dentro. Sin saber por qué, lo rechacé a patadas y volví a dormirme. Entre sueños oí fragmentos de una conversación:

—¡Han olvidado los faroles!

—¡No podrá andar!

—¡Acércate por aquí... Unos pasos atrás... Así...

Los vagones entrechocaban, dejando sentir débiles golpes. Poco a poco, y a causa de todos aquellos ruidos y voces, y también porque me había tendido cómodamente, el sueño empezó a abandonarme. El médico dormía; cuando tomé su mano parecía la de un cadáver: blanda y pesada.

El tren se puso en movimiento, de-

teniéndose a cada instante, como si tanteara el terreno.

El estudiante agregado al servicio sanitario encendió la mecha de un farol y dijo con acento colérico:

—¡Qué diablo! Despertadle antes que coja el sueño de veras, porque si no, nada podremos hacer.

Con mil dificultades despertamos al médico, el cual se sentó, fijando su mirada de asombro tan pronto sobre el uno como sobre el otro.

—Lo mejor será beberse un vasito de aguardiente—dijo el estudiante.

Bebimos coñac y el sueño desapareció como por encanto.

El negro rectángulo de la ventanilla empezó a iluminarse de un color sonrosado; detrás de las colinas apareció un gran resplandor rojizo, como si en medio de la noche hubiese salido el sol.

—¡Tengo frío!—exclamó el médico, castañeteando los dientes.

El estudiante sacó la cabeza fuera del ventanillo y me hizo una seña con la mano. Miré. En el horizonte aparecían los mismos puntos luminosos, inmóviles, como si una docena de soles hubieran salido al mismo tiempo. El rostro del estudiante había adquirido el color de la sangre.

—¿Hay muchos heridos?—pregunté.

—¡Muchos locos, muchos más que heridos!

—¿Locos de veras?

—¿Cómo van a ser?—Y me miró... En sus ojos había la misma expresión salvaje del soldado que muere por insolución.

—¡Basta!—dije, volviendo la cabeza.

—También el médico está loco... ¡Mírelo!

El médico no le oyó. Sentado, con los pies cruzados, se balanceaba, moviendo los labios y los dedos.

—¡Tengo frío!—dijo, y sonrió.

—¡Idos todos al demonio!—exclamé, refugiándome en un ángulo del vagón.—¿Por qué me han hecho venir?

Nadie respondió...

El estudiante seguía mirando al horizonte enrojecido...

El tren se detuvo de improviso, tan repentinamente, que di con la cabeza contra la pared. Varias voces llegaron hasta nosotros. Bajamos corriendo.

Ante la locomotora, en medio de la vía, yacía una cosa: un envoltorio, del cual salía un pie.

—¿Un herido?

—¡No; un muerto!... La cabeza no está por aquí...

El envoltorio, con el pie que salía, fué apartado a un lado; por un mo-